



El niño poeta Heráclito Tabares

(1849 - 1865)

por SEBASTIÁN PADRÓN ACOSTA

La poesía canaria del siglo XIX ofrece el caso sorprendente del poeta que se llamó Heráclito Tabares y Bartlett, hermano del delicado autor de *Trompos y cometas* y *La caza*.

Nació Heráclito en Santa Cruz de Tenerife el 3 de septiembre de 1849 y fué bautizado en la parroquia matriz de Nuestra Señora de la Concepción de esta ciudad (1). El momento en que le toca vivir es el del romanticismo, momento de fiebre lírica y de males ilusorios. Estaba en el ambiente literario de su época el rumor de los versos de Ignacio Negrín, de Victorina Bridoux, de Manuel Marrero Torres y de José Benito Lentini. Era amigo del primero de los nombrados, el gran poeta ochocentista del mar, Ignacio Negrín, según se deduce de la dedicatoria de una de sus composiciones poéticas; y expresó la admiración que sentía por la poetisa Victorina Bridoux cuando en 1864, dos años después de la muerte de ésta, escribe a su memoria una emocionada página necrológica.

Frisaba apenas Tabares en los trece años de edad cuando contempló el trágico espectáculo de la fiebre amarilla de 1862, que tantos estragos produjo en la capital del Archipiélago. El espíritu melancólico de nuestro poeta bebió a grandes sorbos el veneno lírico de su tiempo en la copa de oro que le brindaba la musa de Espronceda, cuyo *Canto a Teresa* debió entretener y devorar sus horas de tedio. Huellas de él existen en algunas estrofas de nuestro romántico vate.

(1) Parroquia de la Concepción, Lib. 23, fol. 53, v.—«En ocho de Septiembre de mil ochocientos cuarenta y nueve. Yo D. José González, Beneficiado Rector Servidor de la Iglesia de esta Villa, bautisé, puse óleo y crisma y por nombre Heráclito Ricardo, a un niño que nació el tres del corriente, hijo legítimo de D. Heráclito Tabares de la Puerta, natural de la ciudad de La Laguna, y de D.^a Ana Beatriz Bartlett y Kay, natural de La Coruña; abuelos paternos, D. Rafael Tabares y Franco y D.^a Josefa de la Puerta Espinosa de los Monteros, natural él de La Laguna y ella de la ciudad de Canaria; maternos, D. Ricardo Bartlett y D.^a Ana Kay, naturales de Londres. Fué su padrino D. Juan Fausto Bartlett y Tarrus, su tío materno, de esta capital, a quien advertí la cognación espiritual, según el Ritual Romano. Y lo firmé, José González».

Tabares, ansioso de aventuras, y de horizontes y aires nuevos, se embarca, casi niño, para Madrid. El prestigio romántico de Cádiz, ciudad blanca, aureolada por la brillante oratoria de Emilio Castelar, sugiere el alma del precoz poeta, y en Cádiz vive Heráclito en octubre de 1864, hospedándose en la «Fonda de Miramón», sita en la casa n.º 21 de la calle de Columela.

* * *

Esta fotografía de Heráclito Tabares, del año 1864, contando quince años de vida, despide un perfume de recuerdo y de nostalgia, un perfume de época. Sobre un fondo de cortinajes y rodeado de severo mobiliario, aparece la aristocrática figura de este niño poeta, holgadamente vestido con la indumentaria característica de su tiempo. Hállase el joven en la plenitud de su desenvolvimiento físico. Es alto y erguido, tiene su rostro una expresión de profunda melancolía y en los ojos adivínase el mundo de sus quimeras. El poeta, pulcramente peinado, lleva en su mano derecha un bastón y en su izquierda el sombrero de copa. Es un joven ochocentista que ha leído a *René* y a *Werther*, áureos vasos líricos donde se congeló todo el tedio de la centuria décimonona.



* * *

En Santa Cruz de Tenerife es un día triste el 18 de septiembre de 1865. La tuberculosis ha devorado rápidamente el organismo del joven poeta. ¿Dónde y cómo contrajo la enfermedad? Heráclito ha escrito durante sus postrimeras horas de vida una poesía que intitula *Dellrio*. La fiebre y la disnea agobian al adolescente. En la silenciosa alcoba, donde se ve un marfileño Crucifijo, una dama atribulada, vela. Es la madre de Heráclito, que presiente el fin de la tragedia del hijo a quien adora y de este poeta que se malogra. Han avisado al sacerdote de la próxima Parroquia. Pasan unos momentos, que son un siglo de dolor para esta

pálida mujer que llora y que de cuando en cuando posa sus labios amorosos en la frente febril de su hijo. Aparece el ministro de Altísimo, como mensajero de consuelo y de paz, y administra los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, consolando así el espíritu del moribundo. Por el peligro de los vómitos, no se le administra el Viático. Sigue una larga pausa de silencio y angustia. La tragedia pone sus lívidas tintas en la faz de esta madre inconsolable que no se separa del lecho de su hijo. Heráclito Tabares muere físico en este 18 de septiembre de 1865, en Santa Cruz de Tenerife, a los dieciséis años y quince días de edad (2).

* * *

Fugaz como un meteoro fué la vida de este poeta niño, de este vate romántico de dieciséis años de edad, acrisolado en el infortunio. Corta también, como su vida, fué su labor poética; pero sorprenden sus versos prematuros, tan madurados en el dolor y en la experiencia. No sólo admira este poeta por sus pocos años, sino principalmente por los temas de sus versos. Aunque la poesía dieciochesca está ahondada en estos negros abismos de tedio y desolación, maravilla sin embargo que unos ojos de quince años se adentren en los espeluznantes panoramas que aparecen en los temas poéticos de Heráclito. A través de sus versos descúbrese un alma que conoce ya todas las fugacidades y falacias de la vida; que sabe de la maldad de los hombres y de los desencantos del amor; que se preocupa de los problemas trascendentales de la vida y del hombre. El alma de este poeta se manifiesta no como el alma de un niño, de un adolescente, sino como el alma de un hombre ya maduro.

Pocas son las obras que publicó Heráclito Tabares. Sólo conocemos unos veinticuatro trabajos literarios, cuyos títulos son los siguientes:

EN PROSA

A la señora doña Victorina Bridoux
de Domínguez, en su tumba
Fantasía. Un sueño y una ilusión
La literatura en Canarias
La murmuración

Un amor fatal. Balada
Un sueño de Rafael
Asociación. Bancos de Ahorros
Cartas a Demócrito (dos)
Revista de la semana
El 25 de Julio

(2) Parroquia de la Concepción, Lib. 28, fol. 161, v. — «En la ciudad de Santa Cruz de Santiago, Diócesis de Tenerife, a diez y nueve de Septiembre de mil ochocientos sesenta y cinco. Yo el infrascrito Beneficiado Rector por S. M. de las Iglesias de la misma, mandé dar sepultura eclesiástica al cadáver de D. Heráclito Tabares y Bartlett, natural de esta capital, hijo legítimo de D. Heráclito Tabares, de la ciudad de La Laguna, y de D.^{na} Ana Bartlett, de La Coaña; soltero, falleció en la tarde del día anterior a la edad de diez y seis años y quince días; se le administraron los Santos Sacramentos de Penitencia y Extremaunción; su enfermedad, tisis. Se le hizo el oficio de sepultura, siendo testigos D. Rafael Ruiz y Rosa y D. Segundo Calzadilla, de esta vecindad. Y lo firmo, Agustín Pérez».

EN VERSO

A una inglesa
 Recuerdos de ayer
 Recuerdos
 A A...
 A Elisa
 A Lola

Desengaño

El Tiempo. En el cementerio
 A la muerte de Lincoln
 A Dios
 A mi amor
 Al tranquilo cementerio
 Delirio

* * *

En «El Eco del Comercio» publicó Tabares casi toda su labor poética. A los dieciséis años, escribe su poesía *El Tiempo*, compuesta en serventesios y dividida en tres partes. El tema principal de la misma es la fugacidad de la vida y de las cosas, traída a su pensamiento por la presencia del cementerio, tema central de su obra poética, de moda en su época. Esta poesía, tan llena de retórica, pone de relieve los pocos años del poeta que canta. Versos desvaídos muchos de ellos, aunque admirables por la edad en que el poeta los escribió, asombrando principalmente tan honda agonía en un alma de niño.

Reproducimos íntegra esta composición. HeLa aquí:

I

Ya en el recinto de la muerte helada
 De mi lira las cuerdas vibraré...
 Aquí, donde las sombras de la nada
 Sobre ruinas están de lo que fué.

Yo quiero, tumbas de la humana historia,
 El arcano recóndito indagar;
 Dejad, dejad se abisme la memoria
 De los recuerdos en el ancho mar.

Dejad que evoque y saque del pasado
 Esas glorias efímeras que huyeron,
 Esas glorias que raudas han volado,
 Ilusiones que rápidas murieron...

II

¡Oh tiempo, en qué revuelto torbellino
 A los siglos trazaste su carrera!
 ¡Oh tiempo, que en el libro del Destino
 Arcanos y misterios descubriera!

¿Por qué tu huella imprimes destructora
 En la inmundana y terrenal región,
 Robándole al mortal en cada hora
 Una esperanza más, y una ilusión?

¿Por qué vas las edades sepultando
 Y los pueblos y razas sin cesar,
 Con voluntad potente derribando
 Cuánto osara tu fuerza desafiar?

¿Dó están aquellos que ocuparon solio
 Allá de Grecia en el panteón gigante?
 De la eterna ciudad del Capitolio,
 ¿Dó está su estrella que brilló un instante?

¿Dó el circo está que Roma levantara
 Aspirando de sangre los vapores,
 Cuando loca y frenética mirara
 En la arena luchar los gladiadores?

¿Dó el blanco mármol que adornó sus baños?
 ¿Sus estatuas impúdicas y bellas?
 La mano destructora de los años
 De esa gloria de ayer borró las huellas.

¿Dó los héroes que a Troya destruyeron?
 ¿Dó de Elena la plácida hermosura?
 En la tumba por siempre ya se hundieron.
 Bajaron a la hedionda sepultura.

¿Qué ha sido de Nerón y de Tiberio?
 Del pueblo que a sus plantas se humilló,
 En el polvo de oscuro cementerio
 Con el polvo su ser se confundió.

¡Oh tiempo destructor y prepotente
 Que fugitivo y rápido caminas...
 Dejas los pueblos levantar su frente
 Para envolverlos en montón de ruinas!

III

¡Cuántos recuerdos de mejores días
 Del pasado cubierto por el manto,
 Aquí, bajo estas bóvedas sombrías,
 Alberga tu recinto, Camposanto!

Yo miro en ti la prepotente mano
 Que del bátratro el mundo levantó,
 El poder inflexible y soberano
 Del Ser que de la nada te formó.

Ese Ser que doquiera yo contemplo,
 Cuya imagen me sigue sin cesar,
 Ora me encuentre en elevado templo,
 Ora en el bosque, la llanura, el mar...

Es imposible, sí, que el mundo sea
 Del acaso conjunto solamente;
 Aborto nada más es tal idea
 De necia, loca, acalorada mente.

Yo miro a Dios en ese sol brillante
 Que al mundo con destellos ilumina,
 Brillando cual vivísimo diamante,
 Cual del Señor la lumbre peregrina.

Cuando del viento escucho la armonía
 Y del árbol las hojas estremece,
 Vagar su sombra por la selva umbría
 En mi loco delirio me parece.

Cuando del mar la voz, ronca, rugiente,
 Llena el espacio con su fiero son,
 Elevo al Cielo mi plegaria ardiente,
 Mientras en torno zumba el aquilón.

Cuando absorto en mis penas y dolores
 El valle cruzo en silencioso estío,
 Le contemplo en el cáliz de las flores
 Y le miro en la gota del rocío.

*

¿Qué fuerza, decidme, la tierra sostiene,
 Qué alma conmueve los senos del mar,
 Qué Ser en el éter mil mundos mantiene,
 Por qué lentamente se miran rodar?

*

¡Escépticos, callad! Doblad la frente,
 Mirad cual yo los negros panteones
 Y verted una lágrima doliente
 Por las que fueron ¡ay! generaciones.

* * *

¿Quién es esta bella inglesita que tanto conmueve el adolescente corazón de Heráclito? ¿Quién es esta niña angelical que enciende las bengalas de los versos del poeta? Este amor del vate, tan perfumado, tan florido, con tan íntimas transparencias, está cantado en unas quintillas que se titulan *A una inglesa*. La fértil imaginación de Tabares describe a su amor exótico con todas las galas de la naturaleza y de la inocencia. Y desgrana en las brillantes quintillas todos los piropros de que son capaces sus quince años.

En terrible aprieto estoy,
Bella inglesa, por mi vida,
Y aunque poeta no soy
Quisiera intentar por hoy
Del Parnaso la subida.

De su cumbre celestial
Arrancar con gozo ardiente
Hojas del lauro inmortal,
Y una corona triunfal
Colocar sobre tu frente.

Esa frente blanca y pura
Como la tímida estrella
Que, radiante de hermosura,
En clara noche fulgura
Tersa, transparente y bella.

Que en esa frente divina,
Espléndida se retrata
Tu inocencia peregrina,
Cual la luna diamantina
En el mar que se dilata.

Tus mejillas sonrosadas,
Como de un capullo leve
Las corolas perfumadas,

Son cándidas, delicadas
Y puras como la nieve.

En tus ojos está impresa
La paz, la dicha, la calma
Que en halagarte no cesa,
Revelando, bella inglesa,
La modestia de tu alma.

Ante tu beldad me humillo
Porque eres la imagen fiel
Creada con todo su brillo
Por la mente de Murillo
Y el pincel de Rafael.

Si un pincel para pintarte
Me negó, ingrata, la suerte,
Tengo ojos para admirarte,
Un corazón para amarte
Y alma para comprenderte.

Por eso, inglesa querida,
Tú eres la esperanza de oro
De mi existencia afligida...
Porque tu amor es mi vida
Y, cual mi vida, te adoro.

* * *

En las poesías *Recuerdos de ayer* y *Recuerdos*, el alma de Heráclito se entenebrece, siente el hastío profundo de todas las cosas, llora la muerte de un amor que para él era la vida; se desborda en negro pesimismo su espíritu; con las más ensombrecidas tintas y con las palabras más dolorosas pinta su tristeza y su perpetua agonía. Aquí, en estas poe-

sías, aparece el agudo e insistente presagio de su fin prematuro. El tema del cementerio, que es tema poético de su gusto, obsesión de su febril fantasía, se presenta con una realidad agobiadora. Después de pasados dieciséis largos lustros, todavía siente el lector la amargura de algunas de estas estrofas, y hieren los cuchillos del constante presentimiento de su temprana muerte.

En *Recuerdos de ayer*, composición escrita en serventesios, se clavan en el corazón, como aguda espina, los versos de la última estrofa, que dicen:

Llorar, sólo llorar, ésa es mi suerte.
Gemir, sólo gemir, ése es mi sino.
Tan sólo en brazos de la cruda muerte
Podrá calmarse mi fatal destino.

Más claramente se ve aún su presentimiento de muerte prematura en unos versos finales de la poesía *Recuerdos*, donde se lee:

Adiós, adiós, tranquilo cementerio,
Descanso de la inerte humanidad;
Tétrica mansión donde el misterio
Reina con la imponente soledad.

Tal vez mañana, al despuntar, la aurora
Mi cadáver quizás alumbrará,
Y el infeliz que en tu recinto llora,
Reposo en tu recinto buscará.

En las sextinas tituladas *Al tranquilo cementerio*, Heráclito, obsesionado siempre con el pensamiento de la muerte, canta así:

Sólo calma el dolor del alma mía
Esperanza sin par consoladora,
El alivio prestando a la agonía
Que sin cesar mi corazón devora.
¡Cada instante que, raudo, va pasando,
El hilo de mi vida va cortando!

* * *

Tabares, como Marrero Torres, como Lentini y como Julio Antonio de la Rosa, adivinó la cercanía de la muerte. Y, como Diego Estévez y Murphy, escuchó de la Parca sus quedas pisadas. *Delirio* de Heráclito, e *Insomnio y fiebre* de Diego, acusan este último rasgo.

* * *

En la composición antes citada, *Recuerdos de ayer*, se advierte la marcada influencia de Espronceda, poeta predilecto de Heráclito Tabares. La reproducimos íntegramente:

Mis horas de ventura ya volaron
Y con ellas mi dicha y mi placer...
Y mis días de gloria se cambiaron
En triste e incesante padecer.

Falaces ilusiones que en un día
El pecho sin cesar me destrozaron.
Sonriendo mi rauda fantasía,
Voluptuosas en torno la cercaron.

Las flechas del amor mi pecho hirieron
Dejándole en constante sinsabor,
Y con el manto del placer cubrieron
El piélago insondable del dolor.

Al buscar un remedio a mi tristura
No veo ni una estrella de esperanza;
Sólo columbro por mi desventura
El genio del pesar en lontananza.

Los placeres, las dulces alegrías
Que en mis felices tiempos me halagaron.
Al estruendo mortal de las orgías
En padecer y penas se trocaron.

Marchitáronse ya las gayas flores
Que en mi joven corazón feliz brotaron,
Y al golpe cruel de agudos sinsabores
Mis goces ¡ay! también se marchitaron.

Fué todo una ilusión, una quimera
Que mi mente forjara delirante;
Toda mi dicha ¡ay! desapareciera
Al doloroso soplo de un instante.

Huid tristes recuerdos de mi mente,
Una sombra fugaz fué mi querer,
La mano del dolor selló mi frente
Condenándome a eterno padecer.

Llorar, sólo llorar, ésa es mi suerte
Gemir, sólo gemir, ése es mi sino.
Tan sólo en brazos de la cruda muerte
Podrá calmarse mi fatal destino.

* * *



El tema del amor es frecuente en nuestro poeta. Tal motivo no podía faltar en un poeta de quince años, y romántico, además. De sus temas poéticos amorosos, cabe elegir el siguiente soneto, que acaso sea la mejor poesía de Heráclito. ¿El amor que canta en estos versos es el amor exótico de la inglesa, o es quizás el amor de alguna damita tinerfeña que encendió los fuegos líricos del poeta? El soneto, que se titula *A mi amor*, dice así:

¡Ay! la beldad a quien mi pecho adora
Ni aun siquiera presume el amor mío;
Este amor que avasalla mi albedrío
Y más que nunca me atormenta ahora.

Y mientras que mi pecho se devora
En el fatal silencio en que porfío,
Su corazón, indiferente y frío,
Late feliz, y mi penar ignora.

¿Y la habré de olvidar? ¡Ay! ¿de mi mente
Se borrará su imagen hechicera?
¿Apagado veré mi amor ardiente?

¡Oh, no, jamás!... La inextinguible hoguera
Que ahora mi corazón por ella siente,
Existirá conmigo hasta que muera.

De sus temas poéticos sobre el cementerio, obsesión constante de su vida toda, reproducimos el titulado *Al tranquilo cementerio*:

Tristes ideas asaltan
Mi memoria este momento
Y elevan mi pensamiento
De otras regiones en pos:
Que cada tumba revela
Ante la humana mirada
Lo mucho de nuestra nada
El grande poder de Dios.

Los denegridos panteones
Que a mi vista se presentan,
La realidad representan
Disipando la ilusión;
Y yo al contemplarles siento
Mi espíritu acongojado,
Y late precipitado
Mi doliente corazón.

Mortal: ¿por qué en tu carrera,
En tu continuo afanar,
Anhelas sólo gozar
En la mundanal esfera,
Y te olvidas del pasado
Soñando en un porvenir,
Y lanzas hondo gemir
Del presente disgustado;

Y si alcanzas lo que anhelas
Y realizas tu ambición,
Ofuscada la razón
Nuevamente te desvelas,
Y siempre, siempre anhelando
Avasalla tu albedrío
El malestar y el hastío
Que el pecho va desgarrando?

¿Anhelas, hombre, gozar
 Devorando tu aflicción?
 ¿A qué viene esa ilusión
 Si tu destino es llorar?
 Pobre mortal: en tu anhelo
 Sólo ves en lontananza
 Pesares y desconsuelo,
 Que cubren con denso velo
 El fanal de la esperanza.

Y si acaso en tu locura
 Te halagaren las visiones
 De placeres y ventura,
 Descubrirás la amargura
 Tras esas bellas ficciones,
 Que en la terráquea extensión
 La dicha por siempre huyera,
 Y el humano corazón

Negra hiel de la aflicción
 Aspiró cuando latiera.

Y si entre inmundas orgías
 Y placeres y alegrías
 Calmar quisieras tu llanto,
 E insensato te extasías
 Con su vaporoso encanto,
 Todo ese placer mentido,
 Que guarda el mundo en su seno
 Con oropel revestido,
 Trae en su fondo escondido
 Amargo y letal veneno,
 Que el pesar tendió su manto
 En la mansión terrenal,
 Y sólo se enjuga el llanto
 En tétrico Camposanto
 Bajo losa sepulcral.

No renace mi espíritu abatido
 Corriendo en pos de vana aspiración
 Que la mano del pesar ha destruido.
 Las flores de mi ardiente corazón;
 Y negras, sombrías, tétricas visiones
 Reemplazan mis doradas ilusiones.

Sólo calma el dolor de la alma mía
 Esperanza sin par consoladora,
 El alivio prestando a la agonía
 Que sin cesar mi corazón devora.
 ¡Cada instante que, raudo, va pasando,
 El hilo de mi vida va cortando!

* * *

El espíritu religioso de Tabares florece en algunas de sus estrofas. Su firme creencia en la existencia de Dios aparece en su composición *El Tiempo*, y en el siguiente soneto en que glosa y repite temas poéticos de la anterior poesía. El soneto lleva por título *A Dios*, y es éste:

Espíritu impalpable, vagaroso;
 Límpida luz que, virginal y pura,
 Con destellos vivísimos fulgura
 Aunque envuelta en arcano misterioso;

Ser que arrancó del antro borrascoso
 El mundo con su plácida hermosura,
 Vida dando a la humana criatura,
 Trasunto suyo fiel y esplendoroso;

Ser que domina desde etéreo mundo
 A mundos mil en su eternal carrera,
 Que del caos y bátratro profundo

Las negras sombras alejar hiciera;
 Ser que yo admiro; Ser que me conmueve...
 ¡Ningún poder a tu poder se atreve!

* * *

La poesía que escribió horas antes de morir, publicada en 1865 en un periódico de Santa Cruz de Tenerife (3), y que como dijimos antes titulase *Delirio*, es la más tétrica y escalofriante de sus producciones. Cuando Heráclito la escribió sentía ya los pasos cautelosos de la muerte que se acercaba a su lecho, aunque su ilusión optimista de tuberculoso ocultara un momento su drama con el cendal de las últimas estrofas. Está en ella pintado, como en *Insomnio y fiebre* de Diego Estévez, el desquiciamiento del delirio producido por la fiebre. La visión de la caja que se acerca, el instinto de conservación que se rebela a morir, el dolor de su juventud no vivida, la tragedia de la muerte, en suma, está descrita de modo desnudo, crudo, descarnado. Acaso la composición, considerada en conjunto, no sea de lo mejor de Tabares, pero sí de lo más amargo que produjo, ya que el tema era su tema obsesionante. Se ve, por ella, cómo todos sus presentimientos tienen funesta realidad. Poesía desconsoladora, desesperada, horrenda. Y más aún si se toma en cuenta que la escribe un chico de dieciséis años, horas antes de morir. *Delirio* es así:

Me muero. loco estoy, ya no respiro;
 Hierve mi sangre como lava ardiente.
 Espectros y fantasmas sólo miro;
 Me devora la sed, arde mi frente.

Ven, sueño, a mitigar mi cruel tormento.
 Mis cabellos se pegan a mi sien;
 Enjuga mi sudor por un momento.
 Ven, sueño, hasta mi lecho, vuela, ven.

(3) Al dar la noticia de su fallecimiento, dice el periódico santacrucero «El Eco de Comercio» del 20 de Septiembre de 1865, lo siguiente: «La poesía que publicamos en otro lugar, la escribió nuestro malogrado amigo pocas horas antes de expirar; y al publicarla, tal como salió de sus manos en medio de su agonizante delirio, cumplimos su expresa voluntad».

Arrastran negra funeral mortaja
 Y sus brazos se extienden hacia aquí.
 No es sueño, ni ilusión, miro una caja
 Y esa caja es, sin duda, para mí.

¡Me acerco ya a la tumba! ¿Será cierto?
 Los años juveniles no han pasado...
 ¡Mas, ay, que siento mi corazón yerto
 Y males silenciosos lo han llagado!

¡Y tan joven sufrir! Y pasar tanto
 De la existencia en el primer albor.
 Secas están las fuentes de mi llanto,
 Y la muerte cerniéndose en redor...

¡Dibujarse en mis labios la sonrisa
 Brotando amarga hiel mi corazón!
 ¿Insultar mi dolor con esa risa?
 ¡Hasta hipócrita ser en mi aflicción!

Y la expansión al alma se le veda,
 Y solo estar en mi dolor profundo,
 Y tener que exclamar como Espronceda:
 Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

No os acerquéis a mí; yo os lo conjuro;
 No miradas me deis de compasión.
 Quiero que exista impenetrable muro
 Entre la tierra y celestial región.

¡Yo no quiero morir... la vida anhelo!
 Dádmela, Virgen santa, por piedad...
 ¿Qué es lo que oculta ese azulado cielo?
 ¡Oh, decidme, decidme la verdad!

Vosotros evocáis toda mi historia
 Do decepciones y amarguras leo;
 Si por ella se extiende la memoria,
 Con sangre escrita mi existencia veo.

Y al contemplar el hórrido destino
 De esa existencia que se apaga ya...
 La conciencia se alza en mi camino
 Y manchas tiene, y dolorida está.

No; no quiero morir... quizás cambiara

Con los años mi triste porvenir.
Acaso con el tiempo contemplara
Un horizonte plácido lucir...

Fantasmas, ¿os burláis?... Me vuelvo loco.
Mi marcha presidió fatalidad.
¿El porvenir cambiar?... Yo me sofoco.
¡El porvenir está en la Eternidad!

Fantasmas, escuchad: ¿En este mundo
Errante vuestro espíritu se agita?
¿Vagáis acaso en este cieno inmundo?
No, no, imposible, el corazón me grita:

Hablad, hablad, decidme que en la tierra
El hombre tiene un juez para juzgarle,
Que premios y castigos en sí encierra
Sin ir al Cielo para allí buscarle.

Decid que el justo encuentra recompensa
De la conciencia ante el tranquilo acento,
Y tiene el malo una aflicción intensa
Que el mundo tituló remordimiento.

Decidme, sí, que ese cerúleo espacio
Para todos hiciera el Creador:
La venganza no llega a su Palacio,
Que todo allí es bondad, y todo amor.

¿El infierno? ¡Oh locura... es increíble!
Dolores ¡ay! sin fin en lontananza ..
¡Ah, no, nunca, jamás, es imposible!
!Eso ya no es justicia, eso es venganza!

Con sarcasmos y necias carcajadas
Contestáis a mi duda, a mi lamento.
¡Cuán ávidas están vuestras miradas
Cual mi próximo fin, yo lo presiento!

Dudar es un martirio... cruel tortura...
¡Espectros, acercaos, venid... ya os sigo!
Baje esa duda a la honda sepultura.
Venid a mí... apartad... ¡No sé qué digo!

.....
Fué todo un sueño de la mente mía,

Espectros y fantasmas no se ven...
 Calmóse ya mi fiebre, mi agonía...
 Vuelve esperanza a acariciar mi sien.

¡Madre, tú aquí! Besando estás mi frente.
 ¿Escuchastes acaso mi gemir?
 Infunde fe en mi corazón doliente,
 Que tu aliento lo hace revivir.

* * *

Perdonemos a este niño poeta, en gracia a su delirio y a su fiebre, estos teológicos dislates que, con pálida y trémula mano, escribe sobre las cuartillas que recogen los últimos ecos de una lira que pronto quebrará la muerte.

* * *

¿Qué se ha escrito de Heráclito Tabares desde que murió hasta hoy? ¿Qué se ha dicho de esta vida febril, dramática, interesante? ¿Qué de su obra poética, corta, pero sorprendente?

Algunas notas necrológicas en periódicos de 1865, cuando falleció el poeta. Luego, en 1878, Elías Mujica, en su deficiente antología de poetas canarios, incluyó en la pág. 180 la poesía de Heráclito titulada *El Tiempo*. Y más tarde, en 1882, el académico Fernández de Bethencourt, en su *Nobiliario y Blasón de Canarias*, tomo V, pág. 228, señaló las fechas de nacimiento y óbito del vate, añadiendo que fué «arrebatao a su país y al cultivo de las letras a los dieciséis años de edad».

Esto es cuanto las generaciones canarias han escrito de este interesantísimo poeta.

* * *

Heráclito Tabares y Bartlett acusa una encendida alma de poeta, y maravilla en su obra lo trágico, lo pavoroso de los temas; el agudo y obsesionante presentimiento de su muerte. Vivió con inquietante intensidad el ramalazo del romanticismo. Los penachos de Espronceda lucen en sus estrofas. Es el poeta niño de la poesía canaria del siglo XIX o acaso de todos los tiempos. Su precocidad poética desconcierta. De no haber muerto en los albores de su adolescencia, ¡cuántos frutos hubiera producido su musa! Volcó en su obra su drama íntimo. Es un poeta lírico digno de recordación. La flor de su niñez se marchitó en el dolor. Y sus estrofas no parecen los versos de un niño, sino las querellas de un hombre azotado por todos los vendavales de la vida.

Indudablemente, en Heráclito Tabares se malogró un gran poeta.